



Futbol*o*atría

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría

Futbolatría no es un libro sobre fútbol, aunque el balón aparezca en casi todas las páginas. Es, más bien, un pequeño museo de historias donde el fútbol se mezcla con la literatura, la música y esas nostalgias que se nos quedan pegadas como un coro de rock mal aprendido. Aquí hay partidos que se juegan en la memoria, hinchas que creen que una canción puede cambiar el resultado del domingo y personajes que descubren que la vida —como el fútbol— casi siempre se decide en un rebote inesperado. Porque al final, entre cuentos, goles y guitarras, uno entiende que el fútbol no es solo un deporte: es otra forma de contar la vida.

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría

EL DÍA QUE GABO SE ENAMORÓ DEL FÚTBOL

Muchos años después, frente a sus amigos, Gabito habría de recordar aquella tarde remota en que la vida lo llevó a conocer el fútbol, como al coronel Aureliano Buendía cuando lo llevaron a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava a la orilla de un río de aguas diáfanas, precipitándose por un lecho de piedras pulidas,

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría

blancas y enormes como huevos prehistóricos. Barranquilla, no tanto. Corría junio de 1950.

A esa ciudad cargada de calor y de costeños llegó Heleno da Freitas, un dandy, un conquistador, un gigoló enamorado que, según cuentan, sedujo a media Barranquilla tras haber jugado en Boca Juniors, donde algunos susurran que fue amante oculto de Evita Perón. Nacido el 12 de febrero de 1912 en São João Nepomuceno, Heleno fue descubierto, como tantas estrellas brasileñas, jugando en una

Futbolatría

playa. A los 17 años firmó con Botafogo. Estudiaba Derecho, era alto, irresistiblemente bello. Bebía demasiado, jugaba demasiado, amaba demasiado. Perdió todo en un casino una noche. Contrajo sífilis en una aventura y nunca quiso tratarse. Se volvió adicto al éter, aspirando un pañuelo empapado.

Salía a la cancha bañado en loción inglesa, con ropa a medida, bebía whisky, jugaba póker en el Country Club. Conducía un Pontiac a cien por hora, escuchaba jazz y llevaba una novela de Agatha Christie bajo el brazo.

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría

Díscolo, bohemio, revoltoso, se parecía a Gabito, aunque este prefería el ron y a Bovea y sus Vallenatos.

García Márquez, un novel —novato, nuevo, novísimo— escritor, fue enviado por sus amigos al estadio para el debut del gran Heleno. En la tribuna norte del viejo Romelio Martínez, bajo el calor, tomó notas:

«Resolví asistir al estadio. Era un encuentro más sonado que todos los anteriores, así que llegué temprano. Nunca en mi vida he llegado tan pronto a

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría

ninguna parte, ni he salido tan agotado. Alfonso y Germán nunca intentaron convertirme a esa religión dominical del fútbol, aunque debieron sospechar que un día me transformaría en ese energúmeno, despojado de cualquier barniz de civilización, que soy en las graderías. La primera chispa de lucidez, cuando supe que era un hincha intempestivo, fue al darme cuenta de que toda mi vida había cargado algo de lo que me ufanaba y que ahora me estorbaba: el sentido del ridículo».

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría

Tras un boyoeyuca y una cerveza, siguió: «Si los jugadores del Junior fueran escritores, Heleno sería un maestro de novelas policíacas. Su cálculo preciso, sus movimientos de investigador reposado, sus desenlaces rápidos y sorprendidos lo harían creador de un detective único».

Al final, escribió: «No creo haber perdido nada con este ingreso irrevocable que hoy hago, públicamente, a la santa hermandad de los hinchas. Solo quiero, ahora, convertir a alguien». Garabateó al borde de la

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría

libreta: «El juramento». Fue su primer cuento de fútbol.

Heleno murió joven, alcoholizado, sifilítico. Gabo, viejo, sin memoria. Y en ese estadio, bajo el sol ardiente, algo se encendió para siempre. El fútbol, como la literatura, reveló a Gabo un Macondo vivo, donde el caos de la existencia se ordena en la pasión de un instante. Heleno, con su brillo fugaz y su caída trágica, fue un espejo de la condición humana: un destello que arde intensamente solo para apagarse. En las

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría

graderías, el sentido del ridículo se disuelve, y el hombre se entrega al juego, al grito, a la vida misma. Porque el fútbol, como un cuento bien narrado, no promete eternidad, sino la verdad efímera de un gol, de un juramento garabateado en el calor de Barranquilla.

Mauricio Liévano Quimbay

Futbolatría



Mauricio Liévano Quimbay